

¡Pa'qué estás tú entonces?

Cuando cada día cada cual (con la suerte de estar en la nómina de trabajadores o al frente de un negocio o empresa) sale de casa para ir al trabajo, a buen seguro que debe plantearse “¿qué voy a hacer hoy desde mi responsabilidad?”. Bueno, es posible que no sea una reflexión o pensamiento diario, pero al menos una vez se la ha debido plantear usted, ¿o no? Pues una de las consecuencias naturales de esa reflexión siempre habrá de ser que nuestro trabajo forma parte de un compromiso colectivo por hacer patria. Sí, suena rimbombante, pero es que son esos los números que luego se suman y cuentan en los informativos diarios. Sí: tú, como yo, desde nuestra pequeñez individual, somos parte de ese todo. Y el Ministro de Hacienda, con su arranque de pura sangre y parada de percherón, pone de manifiesto que el hábito no hace al monje. ¡Qué poca cintura tienen algunas personas que se dedican a lo público! La necesidad de aceptar las críticas es inexcusable. Y no vale el manido “no deben usar una gala de premios para arremeter contra el Gobierno, porque es quien paga”, pues una verdad nunca puede tapar otra con una preposición. No se puede decir que “no necesitamos a Depardieu, pues hay actores y actrices que no pagan aquí sus impuestos”. Pero, pedazo de ministro, ¿qué quiere decir “con lo que está diciendo”, que se preparen? Ministro, persiga usted a todos los sinvergüenzas que no cumplen con su obligación. Vamos, que si no dicen nada los actores, el ministro no les hubiese dicho ni pío.

Cuando releo algunos de los pensamientos que han impulsado la tarea de personas que deberíamos dejar que nos imprimiesen huella en nuestro talante, siempre me viene la reflexión de Martin L. King que dice “no me preocupa el grito de los violentos, de los corruptos, de los deshonestos, de los sin ética. Lo que me preocupa es el silencio de los buenos”. Pues eso, que no me parece que lo peor sean las tonterías (por calificarlas suavemente) que dice el Ministro de Hacienda; creo que es aún peor “el silencio de la indignación”. Me refiero a la intoxicación mediática que se alía con la mediocridad del discurso ramplón que sólo tiene peso porque lo dice Agamenón; pues si lo dijese su porquero, todos coincidiríamos en no hacerle ni puñetero caso. Como dice algún sabio, “a los mediocres, como a los fundamentalistas, hay que dejarlos en el lugar de la Historia que les corresponde: sus márgenes”.

Fecha: 26/02/13

Enrique de Amo
Profesor Titular de Análisis Matemático de la UAL